

AMERICANIZACION EN EL VIETNAM

Las razones por las cuales los Estados Unidos han vuelto a bombardear Vietnam del Norte no están claras. La gigantesca operación de doce horas —oleadas sucesivas de bombarderos a partir de la base de Da Nang— subvierte ciertas ideas que se daban como ya establecidas en el desarrollo actual de la guerra: una «desescalada», una participación cada vez menor de las tropas expedicionarias norteamericanas, una progresiva retirada de éstas para llegar a la «vietnamización» del conflicto y, a lo lejos, un Gobierno de coalición o de unidad nacional. Esta línea aparentada por Nixon y su Administración tenía evidentes rasgos utópicos y producía el escepticismo de pacifistas y belicistas: para aquéllos era un disfraz de la guerra; para éstos, un disfraz de la derrota. Los observadores objetivos constataban su contradicción con los hechos. Hace tiempo que la guerra de Vietnam se ha convertido en guerra de Indochina, y si bien es cierto que en Vietnam se han reducido los combates y la lista de bajas se hace más reducida, la situación en Laos y en Camboya resulta adversa para las tesis norteamericanas. A pesar de todo, Nixon sostenía su línea política y la otra parte parecía aceptarla. El largo y trágico bombardeo del fin de semana —Hanoi señala pérdidas de vidas de civiles, incluso de soldados de los Estados Unidos en un campo de concentración de prisioneros— puede cortar esa línea trazada.

Una de sus razones, tal vez su razón principal, podría ser precisamente ésta: la de romper una línea que no conduce a nada. El pretexto es débil: la acción de represalia y venganza porque los vietnamitas del Norte han derribado un avión-espía sobre su territorio, cuando se sobreentendía que estaban obligados a soportar esa clase de inspecciones (ellos dicen que jamás han aceptado tal cosa). Como se sabe, los «casus belli», los incidentes que provocan una cadena de incidentes que desembocan en la guerra, no existen. Las situaciones violentas estallan por una decisión previa, por una voluntad que aprovecha como pretexto un incidente cualquiera: si no lo hay, se provoca. Cuando Corea del Norte se incautó del barco espía de los Estados Unidos «Pueblo» y de toda su tripulación no hubo respuesta armada de Washington, ni bombardeos de represalia, porque no interesaba convertir el asunto en un «casus belli». No se quería extender a Corea la guerra de Asia. Lo hubo, en cambio, tras el dudoso incidente del «Maddox» en el Golfo de Tonkín, porque en ese momento los cálculos militares del Pentágono —o, más exactamente, del civil pentagonizado McNamara, secretario de Defensa— sospechaban que una acción violenta contra Vietnam del Norte iba a acabar con la guerra en el Sur. Fue un error. Los bombardeos que se habían iniciado con la acción llamada de represalias se institucionalizaron a partir de febrero de 1965, duraron tres años, costaron a los Estados Unidos enormes pérdidas en material, hombres y prestigio y, finalmente, hubieron de cesar en marzo de 1968: el Presidente Johnson anunció el cese de esta operación al mismo tiempo que su propia retirada de la Casa Blanca y que el comienzo de las negociaciones de paz de París. Durante esos tres años, los vietnamitas habían tomado la iniciativa en las operaciones y los bombardeos se habían revelado inútiles.

El incidente del avión-espía derribado no hubiese ocupado más que unas líneas en los periódicos de no haberse deseado su inflación. Había, por lo tanto, algunas razones para magnificarlo y para convertir este asunto en un bombardeo gigante. Se sospecha que una de ellas puede ser la sospecha de que desde Hanoi se estaba preparando una ofensiva que hubiese cubierto toda la península y que el avión-espía fue derribado precisamente para evitar que el alto mando de los Estados Unidos tuviese datos acerca de esa ofensiva. El bombardeo sería no tanto para quebrar los preparativos de esa supuesta ofensiva como para advertir a los vietnamitas de que están preparados para repelerla. Es decir, sería un bombardeo de disuasión. Hay otra explicación distinta de la del Pentágono (bombardeo de represalia), que es la del ministro del Exterior de Saigón: forzar a los vietnamitas a que conduzcan las negociaciones de paz en París «más seriamente» (palabras textuales).

PERO una de las consecuencias de este acto puede ser, precisamente, la de interrumpir las conversaciones de París. Se puede recordar que la condición previa de Hanoi para iniciar esas conversaciones fue, precisamente, que se interrumpieran los bombardeos. Los primeros meses de las negociaciones de París estuvieron precisamente bloqueados porque los bombardeos no se interrumpieron hasta el mes de octubre. Es posible pensar ahora que este bombardeo tenga por objeto cortar las negociaciones de París y subvertir la línea política de la «vietnamización». De hecho, la operación partida de Da Nang es una «americanización» muy visible. Y ha producido ya las primeras y urgentes reacciones de los pacifistas: las manifestaciones en varias ciudades de los Estados Unidos acusando de genocidio a los autores de la operación.

EN la semántica actual se define desde Washington esta operación como «de reacción protectora de duración limitada», y se advierte que no hay propósito de continuar los bombardeos interrumpidos en 1968. Sin embargo, se relaciona con la presencia en el Golfo de Tonkín del portaaviones «Hancock», lo cual puede considerarse como una subversión más de la situación. En los últimos tiempos, las fuerzas navales de ofensiva estacionadas en el Golfo de Tonkín se habían ido reduciendo. Las interpretaciones de la llegada de esta plataforma flotante son contradictorias. Mientras un portavoz oficial ha dicho que se trata de una «operación normal», otro ha explicado la posibilidad de que los aviones del «Hancock» tomen parte en los ataques «contra los emplazamientos de misiles y cohetes anti-aéreos en Vietnam del Norte».

¿QUE fuerza tiene Vietnam ahora para responder a este tipo de ataques? La opinión muy extendida desde hace tiempo entre los «duros» de los Estados Unidos es la de que los vietnamitas están «desfondados», han perdido la iniciativa, y la amenaza de una serie de operaciones como la que acaba de desarrollarse puede provocar su hundimiento definitivo: esta es la base sobre la que el ministro de Asuntos Exteriores puede declarar que la operación puede conducir a dar «seriedad» a las conversaciones de París. No todos piensan así en los Estados Unidos. Hay quien cree que la aparente debilidad de Vietnam del Norte y de los guerrilleros del Sur no es más que una táctica, la de desplazar el centro de las operaciones a otros lugares de Indochina; que han reservado y reconstruido sus fuerzas en este compás de espera para permitir que Nixon desarrolle la política llamada de «vietnamización» y que en cualquier momento pueden destapar su caja de sorpresas, como lo han hecho otras veces en que el optimismo oficial de Washington les había dado ya por vencidos. La gama de opiniones norteamericanas sobre este hecho es amplia. Van desde la idea del «golpe final» lanzado para desenmascarar al enemigo y hacerle confesar su debilidad militar sin dejarle ampararse en la fuerza diplomática, hasta la que lo describe como una acción desesperada de la Administración de Nixon para salir de un punto muerto, de una lenta degeneración de su política vietnamita y de una pérdida de peso específico de su personalidad y de su atractivo político, puestas de manifiesto en las últimas elecciones, y que podrían ahora comenzar a hundirse velozmente con la perspectiva de las elecciones de 1972, que aun estando a dos años de distancia deben estar preparándose ya minuciosamente. El Presidente, ayudado por su consejero exterior Kissinger, está estudiando ahora las líneas generales del mensaje sobre el Estado del Mundo (los mensajes presidenciales clásicos eran sobre el Estado de la Unión; Nixon introdujo el año pasado esta variación de carácter imperial de referirse al mundo) y probablemente esta alteración de la política vietnamita forme parte del esquema general de lo que querría convertir en una renovación de sus intenciones ya consumadas.

